

Convergencia
VI Congreso internacional
La clínica psicoanalítica a prueba: neurosis, perversión y psicosis
Madrid, 11,12 y 13 de junio de 2015

Del semblante

Cristina Calcagnini

Alejandra Rodrigo

Susana Splendiani

Sostenidas en la lectura del seminario XVIII, “De un discurso que no fuera del semblante”, y situándonos en un tiempo de comprender, nos detuvimos en principio en el término Semblante. Si bien Semblante es un significante, y como tal hace cadena en tanto representa a un sujeto para otro significante, produciendo así significancia, hay un deslizamiento como consecuencia del pasaje a otra lengua, esto es, translitera con apariencia. Apariencia que muestra lo que no es, pero muestra, indica y en tanto tal opera como dimensión imaginaria del Semblante. Al decir de Bárbara Cassin podemos considerar que *semblent* es un intraducible en tanto otras lenguas nos atraviesan como analistas. De ahí que podamos nombrar Semblante y no apariencia.

Hemos podido leer que hay un doble pasaje. Por una parte, el giro que produce Lacan en relación al seminario anterior, “El envés del psicoanálisis”, respecto del lugar que ocupa el agente en el piso superior izquierdo y que a partir de este seminario lo nombrará Semblante. Interrogamos este giro, puesto que parece procurarnos *per se* alguna especificidad que atañe a la experiencia analítica misma. Y por otra parte, pero ligado al giro anterior, nombra tanto la operatoria que el análisis puede producir en lo real y que está en el centro de la transferencia, como así también el lugar y función del analista.

En el recorrido del Seminario XVII, Lacan se dedica a precisar las particularidades que hacen al concepto de agente, derivado de *agentis, agere, actus, actun*. Acentúa aquel lugar en el discurso, que hace las veces de agencia, representante de..., pero también arrastra *actus, actun* esto es, acto. De este modo dicho concepto soporta sin objeción alguna la función representación por y con el significante mismo. Así, \mathbb{W} \mathbb{W} y \mathbb{W} , son términos comunes a los discursos siendo el Discurso analítico el último en llegar, no solo en lo que hace al descubrimiento del inconsciente y la invención del psicoanálisis sino en tanto ex-siste a los otros tres: *Maître*, Histórico, Universitario. Así, el Semblante es el lugar desde el que se direcciona un discurso, mejor aún es el lugar desde el que parte cada discurso y que de acuerdo a la letra que ubicamos allí toma su nombre.

¿Qué introduce el Discurso analítico como novedad en la operación del análisis y su efectuación sino justamente aquello que resiste a la representación, el goce, imposible de significantizarse?. Lo introduce con el objeto “a”, y ahora sí en el lugar del Semblante.

Entonces, el Discurso analítico, requiere del lugar del semblante, nombrado como tal, para poder ubicar allí el “a”, pues la incidencia sobre lo real del goce, operación del análisis, se soporta en la emergencia del Discurso analítico.

El segundo giro, como anticipábamos y vamos precisando, concierne a la operatoria del discurso mismo. No hay discurso que no sea del semblante y no hay discurso del semblante porque no hay Otro del Otro. La interpretación produce caída del saber y de esa caída resulta un efecto de verdad sobre el sujeto, verdad de castración.

Se trata de ese movimiento discursivo que ha mencionado Lacan, en las Jornadas del Pase y la formación del analista de la Escuela Freudiana de París en 1973, como atinente a las relaciones que mantiene el \square del Discurso *Maître* con el “a” del Discurso analítico ya que puede justamente trocar su lugar con él, cuestión retomada en el Seminario XVIII, al aludir a la torsión en ambos discursos.

La eficacia de la acción analítica, del acto del analista y el desencadenamiento que el trabajo del inconsciente efectúa por el despliegue del decir llevado al estatuto de regla, permitirán que su producto, vaya arrojando un resto que, por la transferencia, se localiza en el lugar del analista. Resto que implica el desprendimiento de letras. Poner entonces en movimiento el “que se diga” produce como efecto ese aluvión de letras, en tanto el analista opera con su lectura.

Así, la posibilidad de definir al semblante como esa cubierta imaginaria de un real anudado por lo simbólico nos lleva al meollo de la posición del analista cuya función se sostiene al alojar el objeto a del analizante, resto de la relación lógica de alienación- separación al campo del Otro, lo cual implica poner en juego la abstinencia de su ser y existencia personal.

Entonces, es justamente esta operación sobre el discurso la que se produce solo si el analista se hace soporte de aquello que recibe en la transferencia respecto del goce en el que está cautivo el sujeto en el fantasma, única chance para que lo que haga agujero, allí en el lugar del semblante, pueda trocar en causa de deseo.

Leemos en “Encore”: *Lo que el discurso analítico hace surgir es justamente que el sentido no es más que semblante. Si el discurso indica que este sentido es sexual, solo puede hacerlo dando razón de su límite.*¹ No se trata de todo el sentido sino de ese sentido sexual que en tanto remite al semblante, reenvía a esos objetos: oral, anal, escópico, invocante, cuyo límite es precisamente el goce, puntas de goce que en tanto se trata de un discurso, se bordea simbólicamente, haciendo del agujero, falta.

Por lo tanto, el semblante se perfora, se horada, se erosiona cada vez que el acto del analista escribe marca de castración como efecto de su realización, lugar del Otro de la transferencia, para que caiga el “a”, pues, solo es posible interpelar, acosar, evocar, incidir, “morder” lo real del goce, a partir del semblante.

En ello, el analista está implicado y responsabilizado en su función operando desde el para-ser, *paraître*, “semeja darnos el soporte del ser”², al costado de lo verdadero, puesto que

¹Lacan J., 1972/73: El Seminario. Aún, 20. Pag. 96. Buenos Aires, Paidós, 1989

²*Ibid.* Pag. 114.

“ni siquiera somos semblante”, dirá Lacan y agrega, “Somos en ocasiones lo que puede ocupar su lugar y hacer reinar ahí el objeto a”³, justamente para hacerse ser, finalmente, semblante de deshecho y producir su caída, en tanto des-ser.

³*Ibid.* Pag. 115